

El legado de César Manrique

Que Manrique no está es un hecho. No está para empujar con la inagotable energía con que lo hizo durante años. Pero está. Permanece en cada uno de nosotros, en lo que quiera que sea lo que dentro de cada uno quedó de él. Manrique somos todos, aunque parece que todavía no nos hemos dado cuenta. De él permanece vivo lo que caló en los adentros de cada cual. Habrá quien se haya quedado con la pintura, bien; con la escultura, bien; con las viviendas blancas, bien; con el cuidado del paisaje, bien; con la integración del arte en la naturaleza, bien; con la cultura en su más amplia acepción, bien; con su estar en la vida consigo mismo, bien; con su energía vital, bien; con su propuesta de equilibrio entre modernidad y tradición, bien; con su talante abierto a conocer y abierto al mundo, bien; o con su trayectoria de enorme compromiso individual y social, bien.

Los ecologistas aprendimos del presidente honorífico de El Guincho su estar con la ecología, a pesar de que su mensaje ha quedado reducido a unas cuantas máximas, las más aceptadas, las más fácilmente asimilables o las que a menos comprometían. Pero, sobre todo, aprendimos de su coraje, de su fortaleza frente a la adversidad. No se amilanó nunca. Heredamos de él el derecho a

expresar en alta voz y a defender aquello en lo que creemos. La idea de la lucha permanente, sin desaliento, forma parte de la cultura de la organización, esa llama crítica constante, ese señalar las deficiencias proponiendo alternativas.

Lanzarote pasa por un momento muy delicado. Percibimos que, en vez de avanzar, retrocedemos, que atraviesa por unos de sus peores momentos, que predomina que cada cual haga lo que le venga en gana. Podemos citar muchísimos ejemplos sobre el estado actual de la isla, pero nos sobrecoge el pasotismo imperante, la desmovilización ciudadana, la fragilidad que muestra la sociedad civil, la creciente tendencia a refugiarse en el individualismo insolidario y egoísta, la debilidad que presenta una clase política ausente de los grandes temas e incapaz de abordar los problemas fundamentales en toda su extensión y profundidad.

Parece que debemos repensar a Manrique, traerlo de nuevo a nuestras vidas a ver si cada cual detecta qué es lo que recibió como legado. Y, juntos, reconstruirlo colectivamente, cada uno desde su espacio vital, consigo mismo, en su hogar, en su puesto de trabajo o durante el tiempo libre. Entendiendo esto y actuando, sin grandes esfuerzos, preocupándonos por los asuntos de todos, aunque sólo sea por la acera del frontis de nuestras casas, esta isla podrá dar un importante giro. Parece claro que no volverá para hacer o decir por nosotros lo que ahora, en exclusiva, nos corresponde. Y, como siempre hemos mantenido, mejor hacerlo juntos y organizadamente que por separado.

Heredamos de él el derecho a expresar en alta voz y a defender aquello en lo que creemos